

MUNA EXPONE MUNA



¿Cuántas veces te has visto hoy en el espejo de tu contemporaneidad? ¿En el de tu móvil, en el del WhatsApp?

«Quizá puedas reflejarte en el espejo de tu historia o en el de tu nación también»; es la aguda reflexión que propone una dinámica ante un espejo reflejante y reflexivo a la vez.

¿Qué tal en uno de obsidiana de más de 2500 años de antigüedad? Tu imagen reflejada en el ahora y reflejada en miles de años a partir de un objeto ancestral: reflejo y reflexión de ser y estar..., de ser quien eres, de saberte anclado a un territorio, de entender que podrás pisar dejando huellas de pertenencia y de cultura e identidad.

Esto es MUNA EXPONE MUNA, el espejo reflexivo y reflejante de una rica historia humana y cultural que exhibe los pasos creativos que han dejado huellas y han edificado la cultura de toda una nación; la nación equinoccial. Una exposición dinamizada en un «andar cronológico» que formula un profundo espacio de reflejo y reflexión.

MUNA EXPONE MUNA lo propone y lo expone así con una línea museográfica evidente: «EL PASO Y LA HUELLA». Bienes que en su paso (referentes de un transcurso

humano e histórico) han dejado, dejan y dejarán huellas que edifican la identidad cultural de un país. La identidad proyectada en imagen a través del objeto expuesto en esta muestra, del sujeto expositor (anónimo o acreditado) y del visitante reflexivo que vive la experiencia auténtica de un «museo nacional».

Estructuralmente, MUNA EXPONE MUNA presenta cuatro estaciones temáticas cohesionadas en torno al pensamiento histórico de la nación ecuatoriana y de su forma cultural en el devenir del tiempo. En ellas aparecen diversas muestras de cosmovisión, de filosofía, de ideología social, política o religiosa, y de cotidianidad y artísticidad; todas ellas condensadas en las formas de expresión estética y creativas del momento histórico de cada bien cultural tangible o intangible.

Estas son las cuatro estaciones que han de recorrerse en un sentido dinámico y cronológico. La estación precolombina que abarca más de diez mil quinientos años de historia. La estación colonial que parte de la irrupción europea hasta la instauración político-republicana en el país. La estación moderna que significa la institucionalidad académica y cultural en Ecuador. Y la estación contemporánea que estéticamente se deriva en el presente de nación y sin fronteras.

Los bienes de la Reserva Nacional, los que entran en el circuito narrativo de MUNA EXPONE MUNA, toman posición sintáctica en el discurso museológico y dejan marcas como hitos de una significación profunda. Muchos de ellos exponen la visión de su propio tiempo demarcada en un orden creativo y estético. Varios compendian lo religioso, lo profano, lo político o lo social. Y todos se demuestran reflexivos a través de la materia constituyente y del pensamiento cifrado en ella: el de un texto o un poema; el del escenario en un lienzo; o el de la forma dada en la piedra o en el barro o el metal.

Incluso podemos notar, por ejemplo, la presencia transversal de paradigmas creativos que atraviesan el tiempo expositivo tales como el de unas líneas decapitadas de Medardo Ángel Silva que procuran reflexiones en la «estación precolombina», que insisten en un lienzo colonial de vida y muerte, y que se confirman en la «estación moderna», en el poemario ya impreso de su tiempo donde queda abierta la noción de vida y muerte: la del «árbol del bien y del mal» en la contemporaneidad de nuestro mundo multimedia.

O aun es posible escuchar un canto shuar como el intangible histórico legado por noción atávica de pertenencia.

Un archivo de sonido mp3 en un continuo acústico nos brinda esa experiencia sensitiva relacionada con la imagen de Andichi, un hombre shuar fotografiado en el pasado como testimonio de una nación de origen ancestral.

De esa manera se complementa el ejercicio reflexivo en el museo. Voz e imagen que nos aproximan a la estética ritual y musical de miles de años de ancestralidad. Los mismos años modelados en el barro de las ocarinas o fijados en las flautas de hueso colocadas a su alrededor. Así habrá sonado la voz de los ancestros.

Y como estos, tantos ejemplos más que el visitante de esta exposición podrá descubrir y significar durante «un recorrido de pasos y huellas de reflejo y reflexión».

Este es el recorrido en síntesis:

El paso y la huella precolombina



La estación precolombina nos recibe con los pasos formativos de las sociedades y naciones ancestrales. Reflejamos nuestros rostros en la piedra y nos adentramos en la visión cosmogónica de la fertilidad, la concepción, el nacimiento y la muerte a través de las figurillas de Valdivia, las ukuyayakuna de Cerro Narrío, la deformación craneal de Machalilla..., para así llegar a la dimensión ritual desarrollada en la región.

Esta pausa de mundos paralelos se evidencia en las figuras plenas de ritualidad. Utensilios para tratar la coca, para triturar la *willka*; para confeccionar las «sustancias de poder» con los aliados naturales.

Son múltiples las culturas representadas en esta sala, en donde destacan los testimonios del conocimiento profundo y los estados alterados simbolizados en figuras antropomórficas; como una de Bahía que nos muestra a un hombre de conocimiento; más que chamán, un *yachakhampi runa*: «hombre de sabiduría ancestral». O la ya emblemática vasija antropomórfica de Mayo-Chinchi que describe la dinámica de la libación de lo sagrado y las sustancias de poder.

En esta sala se percibe la unidad de lo ancestral en la diversidad de lo estético. La figuración ortogonal, escalonada, tan característica de lo precolombino, se despliega por cada cultura dotando a cada una de propia y auténtica identidad.

Culturas que abarcan el periodo de Integración, y que incluso toman correspondencia con la influencia incásica, están representadas por un sello, una vasija, un plato, un cuenco, un aríbalo...

Cada estilo se reproduce en la materia, tal cual ocurre en el islote central que se lo ha museografiado con el nombre de Sumaymanakancha, «el espacio amplio y pleno de estética»: una instalación sobre arena coronada por una silla manteña para simular así el sitio de Cerro Hojas Jaboncillo (museo de sitio en Manabí).

En este islote se han trazado de una manera alegórica diversos diseños Jama-Coaque en la base, pues todas las culturas ancestrales de equinoccio confluyen entre sí.

La estación precolombina cierra con el último reflejo de ancestralidad, el del icónico sol de La Tolita en el que los naturales de la región se habrán reflejado por la cosmovisión proyectada en esta obra como un signo de conocimiento esencial. Este «sol de oro» es, por excelencia, la pieza salvaguardada por el tiempo y las circunstancias que no permitieron el

reflejo de conquista en ella misma; el reflejo del oro en fundición por la codicia de una riqueza ilimitada.

Con la impronta de esta pieza, y la referencia coordinada de todo un territorio, el que habrá sido el equinoccial inserto en el Tawantinsuyu, se abre paso a las huellas españolas y a las del mestizaje inevitable.

El paso y la huella colonial y republicana



Un belén barroco con un espejo empotrado en el fondo recibe al visitante en la estación colonial-republicana. El reflejo se matiza de religiosidad que no es sino el modelo cristiano que refrenda la Conquista.

El protagonista es el Cristo que comienza en una cuna y que acaba en una cruz. El del belén, el de la columna, el del *memento mori* de un gran cuadro anónimo, o incluso el de «un cristo» representado en el indio sometido y mártir en su propia tierra.

Un ejemplo con nombre es el de Atahualpa siendo estrangulado en la plaza de Cajamarca: un grabado de Theodor de Bry complementado con el «Testamento de Don Frco. Atagualpa» (documento esencial del Archivo Histórico Nacional), y con el testimonio agregado de los tantos cristos que cargaron cruz en la Colonia: cruces con sus oficios, cruces con sus labores esforzadas.

El motivo curatorial del reflejo y reflexión se hace central en la instalación que recrea la construcción de una laguna artificial en la propiedad de tinte medieval; esa del terrateniente y latifundista. Y que recrea a los naturales de la región como los constructores de la hacienda colonial. Así se muestra el contenedor de este propósito en una foto histórica (hacienda Guachalá en Cayambe) que, en un tiempo posterior, el ya republicano en el país, aún se refrenda con el modelo medieval del huasipungo.

En esta instalación, un bargueño y una botijuela se contraponen como los contenedores de la hacienda española y su contraparte indígena. Bienes preciosos se guardan en el uno, como el oro y otros tesoros más...; bienes preciados se acarrearán en el otro, como la chicha o el agua. Y he ahí la reflexión: ¿dónde se contiene la auténtica riqueza?

La anterior es una abstracción conceptual del mestizaje, como ese que se descubre cotidiano en estampas costumbristas y en lienzos religiosos y profanos agrupados en una esquina de esta estación colonial, y cabalmente demostrada en tres documentos judiciales que configuran ciertos asuntos entonces complejos de aquella sociedad:

Un interdicto por demencia en contra de un hombre enajenado.

Un juicio por deuda de pólvora.

Una solicitud de fianzas en contra de una *banda de facciosos*: «los Chiguaguas del Palenque y Vinces».

Pero el documento esencial de transición en esta sala —el documento de Colonia a República— es uno reflexivo de Bolívar. «La Carta de Jamaica» en la que el Libertador enuncia sus principios republicanos a la vez que describe el panorama anterior a la Independencia.

Así repica la campana de la libertad al final de esta estación, avalada y bendecida por la Santa Patrona de la República: la Virgen de la Merced.

El paso y la huella moderna



Ya en el siglo XX, la nación se inviste de modernista en la tercera estación donde el espejo es de casa y el reflejo deviene cotidiano.

Entramos a las puertas de la modernidad con un sentido estético académico. El del autor que firma cada obra y que se inscribe en una tendencia o en una vanguardia discursiva.

En el país de aquellos tiempos se edita un pensamiento individual cubierto de estética modernista, en donde confluye la ideología colectiva de los testimonios sociopolíticos de entonces; como el de las «cruces sobre el agua» de noviembre de 1922 en Guayaquil; o el «huasipungo» irremediable en el altiplano de la sierra.

Narradores, poetas, periodistas, músicos, pintores, escultores...; convienen un tipo de academia en sus artes. Ya no ofician en los gremios coloniales, sino que operan en sus estudios o talleres o en casas de cultura.

Testimonio franco de esto son las academias de Bellas Artes de Quito y Guayaquil. El artista estudia el cuerpo humano tal cual lo hace el estudiante de Medicina en toda su profundidad poética y orgánica.

Aún así, los modelos de Occidente llegan con algo de retraso al Ecuador para inspirar las fórmulas naturalistas y simbólicas que más se adecúen a los gustos de cada autor.

En esta sala se muestran, entre otros, el costumbrismo naturalista de Mera Martínez, el simbolismo de los Mideros, el expresionismo urbano de León; y se confluye en la estación del expresionismo indigenista de Galecio, Paredes, Kingman y Guayasamín. Estos como iconos cardinales del modernismo ecuatoriano.

¿Qué tal una foto grupal que muestra a Guayasamín, Paredes, Icaza, Vera, Estupiñán, reunidos en Pekín con Mao Zedong? ¿Y en otra reunidos con Jrushchov? ¿¡Y todo en plena Guerra Fría!?

Sin duda alguna: tiempos revolucionarios de individuos en su propia individualidad...

«¿Queréis revolución?, hacedla primero en vuestras almas...».

El siglo XX es revolucionario en mente y en principios. Reducido en territorio luego del 41 y aglutinado en un cocido político de principios contrastados. Entonces surgirá el paso a un modernismo tardío y los inicios de una contemporaneidad avalada en nuestro tiempo. Segunda mitad del siglo XX, transición de fin de siglo, y siglo XXI en avanzada.

El paso y la huella contemporánea



El primer reflejo de esta última sala, la de la estación de un modernismo tardío y el inicio de una contemporaneidad local, es de acero inoxidable. Una pieza en inoxcolor nos demuestra el dimensionalismo de Estuardo Maldonado en el que se reflejan la estética y cosmovisión precolombinas con otro enfoque distinto al costumbrista y artesanal. Son las vanguardias artísticas del arte europeo y norteamericano del siglo XX las que se abren paso en el país gracias a los autores que han hecho academia por el mundo.

Ejemplos de este modernismo de transición son el último Camilo Egas con una obra informalista en los sesenta; Tábara, Villacís, Aguirre, o los Cuatro Mosqueteros; todos con diversos discursos figurativos y de abstracción. Y entre todos ellos, figuras principales como las de Irene Cárdenas o Germania Paz y Miño en un diálogo interpuesto con autores aún vivos que proponen sus discursos en diversas materias de significación.

En esta sala ya no hay mapa de nación sino extensiones de nacionalidad. El mundo digital se torna ubicuo en la web y así la territorialidad sobreviene como un recurso ilimitado. Por eso la presencia expositiva del teléfono móvil junto al espejo de obsidiana en un sentido circular de un tiempo reflexivamente cíclico. Un celular como objeto de huella personal que todos llevan como una extensión de identidad y con el que tantos tomarán fotos de MUNA EXPONE MUNA. *Selfies* precolombinos, coloniales, republicanos, modernos y contemporáneos, para luego subirlos a la nube en un *acto performático* no exento de reflejo y reflexión.

Humberto Montero, enero, 2020.



El Museo Nacional del Ecuador invita a
la Inauguración de la muestra

MUNA EXPONE MUNA EL PASO Y LA HUELLA

*“Reflejo y reflexión de la plurinacionalidad
a través del objeto expuesto, del sujeto
expositor y del visitante reflexivo”*



Fecha: **Martes, 04 de Febrero de 2020**

Hora: **19h00**

Lugar: **Museo Nacional del Ecuador (MuNa)
Av Patria y 6 de diciembre**

MINISTERIO DE CULTURA Y PATRIMONIO

Lenín

